

GILL PAUL

LAS CHICAS DE
MANHATTAN

Traducción:

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

Para Vivien Green

Advertencia:

Este libro es una obra de ficción. Las menciones de personas, acontecimientos, establecimientos, organizaciones o escenarios reales solo pretenden transmitir sensación de veracidad, pero se utilizan de manera ficticia. Los demás personajes, así como todos los sucesos y diálogos, son fruto de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como verídicos.

Elenco*

El club de *Bridge*

Jane Grant, reportera de *The New York Times*, casada con Harold Ross

Dorothy «Dottie» Parker, escritora de relatos y poemas conocida por su agudo ingenio

Winifred Lenihan, actriz de Broadway

Margaret «Peggy» Leech, agente de ventas del Departamento de Publicidad de Condé Nast

Otros habituales del hotel Algonquin

Alec Woolcott, crítico teatral de *The New York Times*

Harold Ross, redactor y director de publicaciones, casado con Jane Grant

Franklin Pierce Adams, conocido como FPA, columnista de periódico

Bob Benchley, periodista independiente

Heywood Broun, periodista de *The New York Tribune*, casado con Ruth Hale

Ruth Hale, feminista y articulista independiente, casada con Heywood Broun

George Kaufman, redactor de la sección teatral de *The New York Times*

* Las profesiones y los estados civiles corresponden a 1921, año en el que empieza la novela.

Marc Connelly, dramaturgo y crítico teatral
Helen Hayes, actriz
Edna Ferber, novelista
Charlie MacArthur, reportero del *New York American*
Frank Case, director del hotel Algonquin

Contrabandistas

Arnold Rothstein, gánster con socios como Lucky Luciano,
Legs Diamond y Meyer Lansky
Larry Fay, gánster

Extras

Edwin «Eddie» Pond Parker, corredor de bolsa y marido de
Dottie Parker
Woodrow Wilson, terrier de Dottie Parker
Max, agente de Winifred Lenihan
Tony Soma, dueño de un bar clandestino
Neysa McMein, ilustradora de portadas de revistas
Jack Baragwanath, minero
Peter Costello, distribuidor de películas cinematográficas
Hawley Truax, empresario
Carr Van Anda, director editorial de *The New York Times*
Herbert Swope, director del *New York World*
Alvan Barach, médico y psicoanalista
Elinor Wylie, poetisa
Bill Benét, director adjunto de la *Literary Review* del *New York
Evening Post*
Eva Le Gallienne, actriz
Raoul Fleischmann, heredero de una empresa de levadura
Tommy Smith, editor de Boni & Liveright
Seward Collins, niño bien
Ralph Pulitzer, dueño del *New York World*

Capítulo 1

JANE

JANE GRANT SE metió en un cubículo de Bell Telephone que había en el vestíbulo del hotel Algonquin, sacó la libreta de reportera de su gastada cartera de cuero y marcó el número de la redacción de *The New York Times*. Mientras esperaba que la centralita estableciera la conexión, se quitó el sombrero y se atusó unos mechones rebeldes de pelo castaño, encendió un Lucky Strike y entornó los ojos para esquivar el humo.

—Tengo un artículo para mañana, página dos —dijo en cuanto contestaron.

—Listo, cuando quiera —repuso la voz de un joven.

Jane empezó a dictar:

—Ruth Hale, fundadora de la Liga Lucy Stone, organización por los derechos de las mujeres...

—¿Cómo se escribe eso? ¿H-a-i-l? —la interrumpió la voz.

Ella chasqueó la lengua con exasperación.

—¿Es que no lees las noticias? Es una periodista muy conocida.

—Pues no había oído hablar de ella —contestó el joven.

—H-a-l-e —deletreó Jane, y continuó—: ... ha obtenido una importante victoria legal al conseguir que le expidan una escritura inmobiliaria con su apellido de soltera en lugar del de casada.

—¿Y cuál es el de casada? ¿Tengo que citarlo?

—¡Señor, dame fuerzas! —exclamó Jane—. El principal objetivo de la Liga Lucy Stone es justamente hacer campaña en contra de que obliguen a las mujeres a adoptar el apellido de sus maridos.

—¿Y por qué no quieren hacerlo? —El chico parecía desconcertado.

—¿Cuánto hace que estás en el puesto? —El nivel de los transcritores del periódico era desigual, pero jamás se había topado con uno tan obtuso como ese.

—Es mi primera semana. El segundo día, de hecho. —Parecía orgulloso.

—¿Y nadie te ha hecho una prueba de cultura general en la entrevista?

—No he hecho ninguna entrevista —repuso el chico—. El trabajo me lo ha conseguido mi tío, que es redactor jefe.

—Ya decía yo... —Jane dio unos golpecitos en el cigarrillo para hacer caer una columna de ceniza en un cenicero de cristal ambarino con el logotipo del hotel en la base—. Bueno, si quieres llegar a tu tercer día, será mejor que espabiles. ¿Entendido?

Le molestaba ese nepotismo tan flagrante. Ella no había recibido ayuda alguna cuando luchaba con uñas y dientes por convertirse en la primera mujer reportera de la historia del periódico. Nada le había resultado fácil; para llegar allí, había tenido que encontrar más noticias y trabajar más horas que nadie y, aun así, sus compañeros seguían despreciándola y llamándola «bombón». Pero al menos ahora la enviaban a cubrir historias de verdad, y no solo bailes de sociedad donde informar sobre el largo de las faldas para la nueva temporada.

Dictó el resto del artículo y, cuando el joven del otro lado de la línea comentó que no había reparado en que la Decimonovena Enmienda otorgaba a las mujeres el derecho al voto, le dijo que era «más tonto que hecho de encargo» y apagó el cigarrillo con ganas.

Después de colgar, cruzó el Salón Rosa del hotel. Estaba vacío, salvo por un grupo de amigos suyos que ocupaban desordenadamente uno de los reservados del fondo, o más bien lo desbordaban, como si la sala se hubiera inclinado hacia un lado y ellos hubieran caído allí formando una pila. Las sillas invadían

el pasillo que llevaba a la cocina, de manera que los camareros, para preparar las mesas de la cena, tenían que pasar apretándose y haciendo equilibrios con las bandejas sobre los hombros.

En un extremo del reservado estaba sentado Harold Ross, marido de Jane desde hacía menos de un año, junto a Alec Woollcott, amigo de ambos y crítico teatral de *The New York Times*. Jane se detuvo a plantarle un beso a Harold en la frente arrugada y aguzó el oído para escuchar lo que decían.

—Te equivocas en cuanto a la tanatopsia —afirmaba Harold—. Viene del griego *thánatos*, que significa «muerte», y *opsis*, que quiere decir «visión». No es el «deseo» de encontrar la muerte, sino una «meditación» sobre ella.

—Ah, pero olvidas que... —empezó a decir Alec.

Jane se apartó. A esos dos les encantaban sus interminables debates seudointelectuales y ninguno daba nunca su brazo a torcer, así que prefería mantenerse al margen.

Dorothy Parker la llamó haciendo señas desde el otro extremo de la mesa y se movió para dejarle sitio en su banco, así que Jane pasó como pudo entre los demás y logró llegar hasta su amiga.

Dottie estaba deslumbrante con un primaveral sombrero verde y una boa de plumas negras, bañada en su habitual nube de perfume *chypre*: una esencia con matices de musgo y madera que a Jane siempre le recordaba al líquido de embalsamar del taller de unas pompas fúnebres. Ella nunca se ponía colonia, vestía con ropa práctica y sin fruslerías, pero eso no impedía que admirase el estilo de Dottie.

—Quieren montar un club de póker para hombres las noches de los sábados —dijo esta señalando a Harold y Alec—. Debería proponerle a Eddie que se apunte. Puede que le enseñen a tirar de la cadena. —Se echó la boa por encima del hombro y le dio con ella en la cara a un hombre a quien Jane no reconoció, y que apartó las plumas con una risa burlona.

Dottie solía convertir a su marido, Eddie, en blanco de sus chistes; por eso no era extraño que él prefiriera no codearse con sus amigos.

Jane sintió una punzada de preocupación al oír lo de ese club de póker. A Harold le encantaba jugar, pero se le daba fatal. Lo había conocido durante una partida en París, en 1918, cuando trabajaba como voluntaria para la Asociación Cristiana de Jóvenes, la YMCA, y él era el director editorial del periódico del ejército de Estados Unidos, *The Stars and Stripes*. Harold perdió esa mano porque se desconcentró al empezar a coquetear con ella, y desde entonces siempre había tenido mala suerte jugando a las cartas.

—Volverán a dejar a Harold sin camisa —dijo, pensando en voz alta.

—Y esa es una imagen que nadie quiere ver —murmuró Dottie.

Siempre se metía con la falta de atractivo físico de Harold, pero Jane no hizo caso. Solo era Dottie haciendo de Dottie. Alguien le pasó una petaca y ella olisqueó el contenido antes de servirse dos dedos en un vaso. Por el color ambarino supuso que era whisky, aunque nadie lo habría dicho por el sabor ni por el olor. Desde que el año anterior se había aprobado la Ley Seca, en el Algonquin no servían nada de alcohol, pero el personal hacía la vista gorda si los clientes entraban con el suyo.

Se oyeron vítores desde el otro extremo de la mesa, y Alec se levantó y pidió silencio dando unos golpecitos con una cuchara en el borde de su vaso. Se había quitado la americana, y Jane recordó la cruel pero certera descripción que Dottie había hecho de su figura: «Como un barril de cerveza sobre dos tocones».

—La decisión está tomada. En lo sucesivo, el club de póker de las noches de los sábados ostentará el nombre de Club Literario y Recreativo Tanatopsia, y se reunirá en una habitación de las plantas superiores de este mismo establecimiento, cortesía de la siempre sufrida dirección.

Jane miró a Dottie y puso los ojos en blanco para burlarse de la pomposidad del anuncio. ¡Típico de Alec!

—¿Y las chicas podremos pasarnos a mirar? —preguntó una joven ingenua a quien Jane no conocía y que llevaba algo que, más que un vestido, parecía un salto de cama de raso color melocotón.

—Solo hombres —repuso Alec—. Las mujeres estropean el póker. No saben controlar sus sentimientos.

Winifred Lenihan, la actriz de Broadway, estaba sentada frente a Jane y Dottie.

—¡Caray! —comentó—. Y yo que pensaba que eso es justo lo que hago cada noche cuando salgo al escenario...

Alec levantó su vaso hacia ella en un brindis.

—Tú eres la excepción, querida, pero de todos modos no puedes participar.

—¿Por qué no montamos nosotras un club solo para chicas las noches de los sábados? —propuso Jane—. Me apetece aprender a jugar al *bridge*. ¿Tú qué dices, Dottie?

Esta se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Siempre que admitáis apuestas bajas para las desempleadas... —Había perdido su trabajo el año anterior y seguía abatida por ello.

—Yo estuve en el club de *bridge* de la Universidad de Vassar —dijo Peggy Leech, otra amiga suya, un ratón de biblioteca que trabajaba para Condé Nast—. Será un placer enseñaros.

—Yo también juego un poco —señaló Winifred enseguida—. ¿Me aceptáis en el club?

—Pues ya somos cuatro —anunció Jane. Casi no conocía a Winifred, pero con ella ya eran las jugadoras necesarias—. ¿Nos turnamos para hacer de anfitrionas? No me apetece estar aquí, en el Gonk, con los del club de póker arriba. Los bares clandestinos son demasiado ruidosos y las cafeterías están muy secas.

—Por mí, bien. Seré la primera —se ofreció Dottie—. ¿El sábado que viene?

—¿Estás segura de que a Eddie no le importará? —preguntó Jane—. Quizá no le parezca bien que invadamos vuestro piso.

—¿Si le importará? ¿Me tomas el pelo? —replicó Dottie—. Cuando vea a Winifred Lenihan en su salón, seguro que hasta pierde la cabeza... Cosa que no estaría nada mal, ahora que lo pienso.

Winifred sonrió con educación. Jane pensó que era muy guapa: sus ojos eran de un verde grisáceo y su rostro tenía la estructura ósea de una escultura clásica. Aun así, Jane nunca había sentido celos de las mujeres atractivas; ser tan perfecta debía de ser una carga.

Una señora robusta que vestía un traje beis de cuadros se acercó entonces a la mesa con una libreta y un bolígrafo en la mano, y la mirada fija en Dottie.

—Perdone la interrupción, señora Parker —dijo con la peculiar cadencia del acento de Boston—. Llevo toda la velada esperando una ocasión para pedirle un autógrafo y ahora tenemos que irnos o no llegaremos al tren... —Estaba azorada y hablaba de forma atropellada, como si no tuviera tiempo que perder—. Es que jamás me perdonaría haber dejado pasar esta oportunidad. Soy una gran admiradora de todas esas cosas tan ingeniosas e inteligentes que dice usted. Siempre la leo en los periódicos.

Antes de que Dottie pudiera responder, Alec Woollcott se le adelantó:

—¿Está segura de que no quiere también mi autógrafo? Cualquier cosa remotamente divertida que haya dicho se le atribuye siempre a la señora Parker.

Dottie no le hizo ningún caso y aceptó la libreta y el bolígrafo con una sonrisa educada. Garabateó una firma en una página en blanco y se los devolvió a su dueña.

—No crea todo lo que lee en los periódicos —le dijo—. Los tipos que escriben ahí son estos sinvergüenzas. —E hizo un gesto vago con la mano en dirección a Alec.

La mujer masculló un gracias y casi volcó una silla al retirarse. Por un momento, Jane pensó que iba a hacer una reverencia, como ante la realeza.

—¿Sabes, querido, que la atribución es la forma más sincera de halago? —dijo Dottie, volviéndose hacia Alec.

—¿La señora Parker siendo amable? —repuso él—. Habría dicho que no aprobabas ningún tipo de halago.

—Un poquito está bien —concedió Dottie—. Siempre que no te lo tragues...

CUANDO JANE Y Harold tomaron el tranvía para regresar a casa esa noche, ella le habló del joven transcriptor de *The New York Times* que no se había enterado de que las mujeres habían conseguido el derecho al voto.

—Por su tono, me he dado cuenta de que la idea no le hacía mucha gracia.

—Ese maldito gamberro no sabía con quién estaba hablando —repuso Harold—. Espero que no tuvieras piedad con él.

—No demasiada. —Rio entre dientes—. ¿Cuándo me he vuelto tan... combativa?

—Es el carácter de Kansas. Reses y mujeres: os crían con rudeza. —Le posó un brazo sobre los hombros—. No te importa lo de nuestra partida de póker, ¿verdad, gatita? He oído que las chicas vais a montar otra para vosotras solas.

Jane aspiró aire entre los dientes apretados.

—Me preocupo cada vez que te oigo decir que vas a jugar al póker, cielo. Se supone que debemos ahorrar, no repartir dinero entre nuestros amigos.

Su primer plan era comprar una casa para salir del minúsculo apartamento de mala muerte que compartían. El siguiente, fundar una nueva revista con Harold como director. Hacía muchísimo que él tenía ese sueño, y a Jane le emocionaba poder

acompañarlo en su aventura. Habían acordado que, hasta que alcanzaran sus metas, vivirían del sueldo que *The New York Times* le pagaba a ella y ahorrarían todo lo que ganaba él en la revista de humor *Judge*.

—Empujado por el espíritu del compromiso conyugal, prometo retirarme de la mesa si alguna vez mis pérdidas ascienden a más de cinco dólares. ¿Qué me dices?

—Que cinco dólares a la semana son doscientos sesenta dólares al año.

Él se echó a reír y le dio un puñetazo fingido en el brazo.

—¡Mujer de poca fe!

—Podríamos invertir ese dinero en ir a un restaurante de vez en cuando —adujo Jane—, y así no me vería obligada a correr a casa todas las tardes para hacer la cena.

Era muy pesado encargarse de la compra y de cocinar algo todos los días, sobre todo porque a menudo tenía que regresar después a la redacción para acabar de atar cabos sueltos antes de que mandaran a imprenta la edición de la mañana. Entendía por qué la mayoría de las mujeres abandonaba el trabajo al casarse; intentar compaginar las dos facetas la dejaba extenuada.

Harold le hizo dar una vuelta y le dio un beso en los labios.

—Con mis primeras ganancias te invitaré a cenar bistec —prometió.

Jane se mordió la lengua para no contestar. No quería ser una aguafiestas.

—Oye, ¿por qué no invitas a Eddie Parker a vuestro club de póker Tanatopsia? —preguntó, en cambio—. A Dottie le preocupa que no se sienta integrado en la pandilla del Algonquin.

—No creo que haya ninguna pandilla en la que pudiera sentirse integrado —repuso Harold—, a menos que lograra encontrar un cardumen de peces muertos flotando en el puerto.

Jane soltó una risotada. Eddie andaba algo escaso de personalidad, sin duda. Era guapo, de acuerdo, pero los amigos de

Dottie seguían considerando un misterio que se hubiera casado con un corredor de bolsa.

Jane detestaba regresar a su destartado apartamento del West Village, donde estaban como sardinas en lata y se permitían poco más para comer, pero al menos su marido era el hombre más inteligente y divertido que había conocido jamás, y eso lo compensaba todo.

Capítulo 2

DOTTIE

—A VER SI lo he entendido bien —dijo Eddie—. ¿Quieres traer a un montón de individuos a casa para que se ventilen mi alcohol? ¿Por qué no te buscas un trabajo y te compras tu propio bebercio?

Estaba desplomado en un sillón, con la camisa abierta y la cara brillante a causa del sudor. Dottie pensó que nunca lo había visto menos atractivo. Se acuclilló para acariciar a su terrier, *Woodrow Wilson*, y el animal enseguida se tumbó bocarriba con las patas abiertas para pedir que le rascase la tripa.

—Mira a *Woodrow* —comentó—. ¿Crees que podríamos ponerlo a trabajar en el burdel de Polly Adler?

Eddie ni siquiera volvió la mirada. Se llenó el vaso hasta arriba de whisky y, sin añadirle agua, dio un trago para luego lanzarse en una diatriba que parecía haber estado ensayando toda la tarde.

—Antes de que nos casáramos, me gustaba de ti que fueras una chica trabajadora con un buen puesto y muchas agallas, pero después te volviste engreída y arrogante, creíste que podías decir lo que te diera la gana porque eras irremplazable. Pues ¿sabes qué? Resulta que no lo eras.

Dottie no se lo discutió, porque todo lo que decía era cierto. Cuando la nombraron crítica teatral de *Vanity Fair*, el poder se le subió a la cabeza. Se paseaba por estrenos y veladas escénicas pavoneándose, sintiéndose la reina del mambo, y luego garabateaba una reseña deprisa y corriendo momentos antes de que

expirara el plazo de entrega. Al principio había intentado dar su opinión sincera, pero a menudo era incapaz de resistirse a ser un poco traviesa con tal de conseguir un chiste atrevido. Una vez recomendó que los integrantes del público de cierto espectáculo se llevaran una labor de punto para entretenerse; otra, en lugar de reseñar la obra, redactó una detallada descripción de la mujer de la fila de delante, que no se estuvo quieta en toda la representación.

Cuando su jefe la invitó a comer en el hotel Plaza, ella pensaba pedirle un aumento de sueldo... y de pronto él le soltó la bomba de que iba a sustituirla. Negó que fuera porque había despellejado tres grandes espectáculos de Broadway seguidos; espectáculos que se gastaban mucho dinero en anuncios en las publicaciones de Condé Nast. Negó que fuera porque había comparado a la esposa de un famoso productor con una bailarina de revista erótica. Pero de todos modos la despidió.

El mejor compañero de Dottie, Bob Benchley, se marchó con ella para apoyarla, y juntos alquilaron un minúsculo despacho donde se establecieron como «escritores independientes». Ella pretendía concentrarse en la poesía y el relato corto, pero, cuando miraba la página en blanco de su máquina de escribir, no se le ocurría ninguna idea. Y, si tenía alguna, las palabras se le antojaban trilladas y patéticas al releerlas. Aunque le habían publicado unas cuantas piezas, su mayor logro desde que se había establecido por cuenta propia era la habilidad de lanzar bolas de papel arrugado con una puntería infalible a una papelera situada a dos metros.

Tal vez no tuviera madera de escritora, quizá a lo máximo que podía aspirar era a hacer de ingeniosa anfitriona para sus amigos. La mujer que le había pedido un autógrafo en el Algonquin solo había oído hablar de ella porque Franklin Pierce Adams, conocido por todos como FPA, solía citarla en su columna del *New York Tribune*, «Torre de Mando», pero desgraciadamente nadie le

pagaba por sus agudezas. Eddie y ella vivían solo del sueldo de él y, a juzgar por el sermón que seguía dándole, era evidente que no estaba demasiado contento con ello.

Esa noche se fue a la cama antes que él, pero seguía despierta cuando Eddie se acostó y, con su peso, la hizo deslizarse hacia su lado del colchón. Eddie tiró de la colcha de tal forma que la dejó medio destapada y empezó a roncar con un ruidito agudo en cuanto su cabeza tocó la almohada.

Dottie se dijo que, si se llevaran lo bastante bien para disfrutar de un poco de jolgorio marital, aquel habría sido el momento ideal para formar una familia. Eddie tenía intención de regresar a su ciudad natal, Hartford, en Connecticut, para criar allí a sus hijos, pero Dottie sospechaba que sería un calvario para ella, que se consideraba neoyorquina hasta la médula. Era un tema delicado entre ambos; uno de tantos.

Lo cierto, tal como le había confesado una vez a Jane, era que solo llevaban cinco minutos casados cuando él se marchó a la guerra en 1917 y, dos años después, al regresar, era una persona diferente de aquel hombre seductor a quien había conocido de vacaciones en Branford. Aquel hombre que... vestía bien y era apuesto, irreverente y sexy. Con él había sentido que se le derretía el cerebro, se le licuaba el corazón y se le encendían las entrañas; todos los manidos clichés hechos realidad. Su boda fue tranquila —hacía mucho que los padres de ella habían muerto, y la familia de él no se presentó porque ella era medio judía—, pero Dottie, aun así, acabó achispada de felicidad y champán barato.

Poco después, Estados Unidos entró en la guerra, Eddie se alistó en el servicio de ambulancias sin preguntar siquiera si a ella le importaba y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Pasados dos años, parecía que le hubieran devuelto a un hombre diferente; era como haber llevado un traje a la tintorería y que, al recogerlo, te entregaran uno que se le parecía, pero estaba

más viejo y dado de sí, y hubiera perdido todas las características que tanto te gustaban antes. De alguna forma tenía que salvar su matrimonio, redescubrir al hombre que había sido Eddie, pero Dottie no tenía ni idea de por dónde empezar.

Incluso había pensado que las cosas se arreglarían quedándose embarazada... Pero, si en los pantalones de Eddie aún se movía algo, desde luego no lo hacía cuando ella estaba cerca. ¿Era la bebida lo que le provocaba esa falta de interés? ¿La guerra? ¿O simplemente ella?

CUANDO LLEGÓ EL sábado, en lugar de quedarse en casa durante la primera noche de *bridge* de las chicas, Eddie insistió en salir. Dottie intentó convencerlo de que al menos estuviera para saludarlas —«Mis amigas creen que eres un marido imaginario», bromeó—, pero él reiteró que a su pandilla no le caía bien y que no lo convencería de lo contrario por mucho que protestara.

—¿Dónde está Eddie? —preguntó Jane mientras paseaba la mirada por la sala.

—Ha quedado con su gran amigo Johnnie Walker —contestó Dottie—. Son tan íntimos que se han vuelto inseparables.

Jane le dio un abrazo rápido y luego retrocedió.

—Dottie, hay una caca en la alfombra —la regañó.

—A mí no me mires, que no es mía —repuso ella al recordar que esa tarde no había sacado a pasear a *Woodrow Wilson*.

Jane rasgó un trozo de papel de periódico y recogió el execrable regalito para llevarlo al cuarto de baño y tirarlo por el retrete.

Dottie se agachó y acarició al animal.

—Pensamos que los humanos somos más inteligentes que los perros, pero yo diría que nos llevan ventaja, porque han conseguido que recojamos su mierda.

Peggy llegó justo después con una bandeja tapada por un paño de cocina.

—Unos cuantos canapés —informó al entregársela a Dottie—. Para que no tengas que molestarte tú.

Sinceramente, a ella ni se le había pasado por la cabeza preparar nada de comer. Había sacado a la mesa de juego una botella de la ginebra de contrabando de Eddie y una jarra de limonada junto con cuatro vasos de whisky desaparejados. ¿No bastaba con eso para recibir una estrella dorada por buena anfitriona?

—¿Alguien le ha dado la dirección a Winifred? —preguntó Jane mirando su reloj.

—Yo —repuso Peggy—. No te preocupes, llegará.

—Apenas la conozco —dijo Dottie—. ¿Es algo más que una cara bonita? De un tiempo a esta parte, abundan tanto que no puedes ni salir de casa sin toparte con varias de ellas bloqueando la acera mientras agitan sus rizos a lo Shirley Temple de aquí para allá.

Peggy sonrió.

—Confía en mí, te caerá bien. Se reirá de tus chistes.

—El método infalible para llegar a mi corazón —concedió Dottie mientras le servía una copa a cada una.

—¿De qué la conoces? —le preguntó Jane a Peggy.

Bebió un trago y torció el gesto de lo fuerte que era el brebaje.

—Del Gonk —contestó ella—. Estaba sentada a mi lado una noche y la conversación de los hombres era tan aburrida que acabamos contándonos la historia de nuestra vida. Es una irlandesa de Brooklyn, nada pretenciosa y aguda como pocas.

A excepción de Jane y Peggy, Dottie no solía charlar con otras mujeres en el Gonk. No soportaba a la novelista Edna Ferber, que tenía un carácter crispante y una opinión demasiado inflada de sí misma. Tampoco le gustaba perder el tiempo con las posturitas de las mujeres que rodeaban a la actriz Tallulah Bankhead y se declaraban bisexuales, como si eso fuera una nueva religión y ellas, las únicas que se salvarían el día del Juicio

Final. Y luego estaban las feministas, como Ruth Hale, que debían ingerirse en pequeñas dosis, igual que esas institutrices de buen corazón, pero cuyo aire autoritario acababa provocando ligeras náuseas al cabo de un rato.

Cuando llamaron a la puerta, Dottie fue a abrir y al otro lado encontró a una Winifred sin aliento.

—Hablando del rey de Roma... —dijo, y se fijó en que, aunque iba muy moderna con su vestido de punto color azul marino y con cuello marinero, Winifred llevaba el pelo algo alborotado y se le había corrido la raya en un ojo.

—Siento llegar tarde —se disculpó mientras tomaba asiento para recobrar la respiración.

Llevaba una de las medias rasgada, y la otra, que se le había desenganchado del ligero, alrededor del tobillo.

—Espero que el otro tipo haya quedado peor —comentó Dottie.

Winifred bajó la mirada.

—No queráis saberlo... —pidió, y se inclinó para intentar recolocarse la media.

Era evidente que estaba hecha jirones, así que se descalzó, se la quitó y volvió a ponerse el zapato. Tenía unos pies delicados, elegantes, y la piel de las piernas, lisa como una cáscara de huevo. Dottie pensó que debía de requerir mucho esfuerzo —y vanidad— ir siempre tan impecable.

—Queremos saberlo —dijo Jane con delicadeza.

—Gajes del oficio —repuso Winifred—. He cenado con mi agente. Un sitio con clase, una comida divina... Pero luego ha querido cobrárselo en el taxi.

—¡Será asqueroso! —exclamó Jane—. Deberías buscarte otro agente.

Winifred arrugó la nariz y negó un instante con la cabeza.

—Son todos iguales. Además, es uno de los mejores.

Dottie la miraba con fascinación.

—¿Uno de los mejores qué? ¿De los mejores sobones de taxi?
Espero que se sienta orgulloso.

Winifred sonrió.

—Ese es el problema: que seguramente así es.

Dottie, juzgando por lo acicalada que iba Winifred siempre, había estado predispuesta a que le cayera mal, pero bajo esa superficie tan deslumbrante se escondía algo enigmático. Decidió darle una oportunidad.